

# GANIMEDES

Príncipe de Troya

Zahorí Balmaceda



© Ganimedes, Príncipe de Troya.  
Colección: Literatura Juvenil  
Sello: Nenúfares  
Primera edición: Noviembre 2021

© Zahorí Balmaceda

Edición general: Martín Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: Felipe Montecinos  
Corrección de textos: Virginia Berner  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-86-5

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-2187

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Para Camila, por acompañarme en mi propia travesía.  
A Benjamín, por abrir la jaula en la que me encontraba.  
A mi padre, por ya no ser esa jaula.

*Bendito sea el misterio del amor.*  
**Sufjan Stevens**

# I TROYA

# TROYA DESPIERTA

**A**l llegar a la cima del monte, encontré un risco tan alto que alcanzar ese punto casi me quitó la respiración y mirar hacia abajo me hizo abrazar mi propia vida. Me imaginé cayendo entre las rocas que ni siquiera las feroces olas podían mover.

Elevando la vista, vi el sol salir por el mar y sentí su calor a lo lejos: fue pago suficiente. Las nubes teñidas en púrpura se tornaron anaranjadas a medida que el sol las tocaba y la luz se expandía. Era más sorprendente que un eclipse y una lluvia de estrellas ocurriendo al mismo tiempo. El espectáculo, que para mí era nuevo, no era más que el inicio de un nuevo día visto lejos de los límites de Troya.

Cuando el sol se alzó lo suficiente para que su luz cubriera el risco, llegaron a mis oídos los balidos de cientos de ovejas. Giré para ver detrás de mí un colosal rebaño que no parecía haber existido hasta que el sol decidió que así fuera. Vi a los animales aparecer a medida que la luz me los mostraba, aunque mi atención dejó de seguirlos con claridad cuando una criatura se destacó entre el resto. No era ni un borrego ni una cabra, tampoco una oveja o un carnero, aunque sí estaba cubierto por el vellocino de uno.

Su presencia desentonaba en medio del rebaño, el mismo que no parecía notarlo, no al menos con sus narices hundidas en el césped.

—No es una oveja, ¿verdad? —oí la voz de un hombre cerca de mí.

Al seguir el origen de su voz con la mirada, lo encontré sentado en la rama de un árbol solitario que no tuvo la suerte de crecer en el punto más alto del monte, aunque su semilla lo había intentado. El hombre en la rama tenía la piel azulada y áspera, como si su carne fuera arena. En su espalda lucía un par de enormes alas que caían, como si no pudieran aguantar su propio peso, alas llenas de plumas azules y brillantes.

—Morfeo —susurré su nombre, como si este hubiera sido escrito en mi mente. Él giró para verme.

—Ganimedes —dijo mi nombre—, ten cuidado. No es un zorro ni un perro salvaje.

Sonaba a una importante advertencia, pero no estaba seguro de confiar en un dios, incluso si eso trazaba un camino diferente en mi destino.

Cuando volví a mirar a la criatura, esta comenzó a avanzar hacia mí, abriéndose paso en el rebaño como una serpiente entre la maleza. Al dejar atrás a las ovejas, el vellocino se desprendió de su cuerpo, descubriendo al lobo que se escondía bajo él. Pelaje plateado, ojos negros y dientes y colmillos más afilados que cualquier cuchillo.

El miedo me petrificó. Era más grande que cualquier perro que hubiera visto en mi vida y no tenía oportunidad contra él.

De repente, un destello en la parte superior de mi pierna derecha atravesó la tela de mi quitón<sup>1</sup>, haciéndome mirarla por un segundo sin descubrirla.

—Esa marca no te protegerá: ni ella, ni el océano en tus ojos, ni tu cabello de oro. De hecho, cada detalle en ti es tu condena —advirtió el dios, despreocupado—. Correr tampoco te servirá, pequeño cordero. No tienes adónde ir.

Y tenía razón. Solo podía retroceder. Mis pies se movieron, llevándome con ellos. No llegué muy lejos, porque el vacío a mis espaldas me detuvo.

—Salta —dijo Morfeo—. Es mejor que ser masticado.

Pero al mirar hacia abajo, detrás de mí, noté que el mar se convertía en sangre entre las rocas. No había espuma, solo un ascendente aroma a muerte.

El sonido de los pasos del lobo pronto se convirtió en el zumbido de la tierra, uno que solo un sonido más ensordecedor sobre nuestras cabezas pudo acallar, como un trueno en medio de una tormenta.

Me erguí y vi su figura negra entre las nubes. Era un ave enorme. Creí que se trataba de un águila, pero cuando plegó las alas para caer en picada sobre el monte, aumentando su tamaño a medida que se acercaba, me di cuenta de que en verdad era una inmensa parvada de cuervos. En su particular formación, la figura del ave se volvía más grande que el lobo o cualquier otra criatura que hubiera visto antes.

—No es real —susurré, afligido por el miedo.

—Los sueños no son reales hasta que despiertas en ellos —dijo Morfeo.

Uno de los dos iba a atraparme, pero el cielo tenía otro plan.

Un rayo impactó frente a mí con la fuerza suficiente como para empujarme al vacío, alejándome rápidamente de ambos monstruos mientras caía.

---

1 Quitón: Prenda extensa de una pieza que se acomodaba alrededor del cuerpo en hombres y mujeres, ajustándose con lazos y fíbulas.

El lobo no pudo saltar para alcanzarme, pero las aves cercaron la colina para impulsarse y llegar hasta mí antes de que mi cuerpo impactara contra las rocas y la sangre. Vi el pico de la criatura que se abría para devorarme. Su garganta era un vacío oscuro que no parecía tener fin, algo más aterrador que la noche y la muerte juntas, algo que tal vez solo podía existir en el mundo de los sueños.

Y todo se volvió oscuro.

• • •

Abrí los ojos y, por un reflejo involuntario, me senté abruptamente. Estaba sudando y mi corazón no paraba de latir. Pasar del sueño a la realidad siempre era un cambio brutal. Abracé mis piernas con fuerza y hundí los dedos en mi piel. Apoyé la cabeza en las rodillas mientras jadeaba, aferrándome a la idea de que todo había sido solo una pesadilla.

Al abrir los ojos, vi la marca de nacimiento alrededor de mi muslo, una línea oscura en contraste con el resto de mi piel, como la marca de un anillo que ha sido usado por mucho tiempo.

Todo seguía en su lugar.

No había terminado de asimilarlo cuando reconocí la voz de mi madre en algún lugar fuera de mi habitación.

Salí de la cama y fui hasta la ventana de mi cuarto: una vista privilegiada del patio, la fuente, los pilares que la rodeaban y la entrada principal vigilada por guardias desde el exterior.

Mi madre hablaba con Kasia mientras ella acomodaba en su cadera una cesta que se sostenía del hombro opuesto con una gruesa correa de cuero. El cabello de mi madre caía por sus hombros y espalda, siempre peinado, pero no lo acomodaba hasta que los asuntos matutinos se pusieran en marcha. Kasia, por otra parte, había trenzado su cabello de forma diferente, uniendo cada mechón en la parte posterior de su cabeza, dejándolo caer desde su nuca. Su piel oscura resplandecía más de esa forma.

Al verlas, mi corazón se calmó. La paz de una amiga y la realidad que mi madre siempre llevaba consigo eran suficientes para hacerme poner los pies en la tierra. Al oír los dracmas<sup>2</sup> resonando en las manos de la reina de Troya, un impulso lleno

---

2 Moneda de plata utilizada en la Antigua Grecia y los territorios helenísticos. Un dracma equivalía a seis óbolos —moneda de plata de menor tamaño— y cuarenta y ocho calcos —moneda de bronce—. Los dracmas poseían diversos grabados dependiendo del lugar en que se forjasen, pero eran válidos en todo el territorio griego e incluso fuera de él por su composición.

de ansiedad se apoderó de mí. La oportunidad de escapar fuera de la Ciudadela no siempre se anunciaba.

Busqué el quitón blanco de tela gruesa y las sandalias de doble suela que había tomado del cuarto de los esclavos. Até un lazo alrededor de mi cintura y ajusté las fíbulas<sup>3</sup> mientras salía de mi habitación y comenzaba a recorrer los pasillos. Una se desprendió y cayó, aunque solo lo noté cuando llegué a la cocina para buscar una cesta como la de Kasia y sentí el árido roce del cuero en mi hombro desnudo.

Me dirigía hacia la puerta cuando recordé algo importante y di media vuelta para cruzar la entrada al lugar que solo los reyes y los príncipes podían pisar. Era el primer visitante del día; la oscuridad del lugar me lo dijo. Me guie hasta el final de las escaleras con una mano en el muro y mis pies eligiendo el camino en descenso con cuidado.

Al llegar al último escalón, las agonizantes velas encendidas en un pequeño altar dedicado a Prometeo, al fondo del lugar, me ayudaron a llegar hasta él. Me incliné frente a él y busqué otra fuente de luz a nuestro alrededor. Junto a la humilde edificación había una cesta repleta de velas: algunas rotas, otras en buen estado. Usé la primera que no se partió entre mis dedos y tomé la llama de una de sus compañeras. Las primeras gotas de su propio esperma la ayudaron a mantenerse en pie, iluminando perfectamente el rostro de Prometeo, lleno de paz y una armonía particular.

—*Que la luz del sol se apague durante el día y la luna deje de brillar por la noche* —recité con la calma que podía permitirme ante el golpe de ansiedad—. *Solo una antorcha seguirá resplandeciendo... y es la de la humanidad.*

Incliné la cabeza en señal de respeto. Al mirar la estatuilla otra vez, intenté no sentir culpa por no quedarme más tiempo.

—Lo siento —me disculpé y corrí de vuelta a las escaleras.

Una vez arriba, caminaba hacia la entrada de la cocina cuando una figura apareció frente a mí, haciéndome retroceder. Al notar el cabello y barba blancos de mi padre, sentí que estaba en problemas, aunque una parte de mí se relajó al ver que usaba su túnica de descanso. No era el rey de Troya hasta que se despojaba de ella y ponía sobre su cabeza la corona que le otorgaba la responsabilidad de guiar a toda una ciudad.

—Mi rey —dije, la cabeza inclinada, intentando esconder mi sorpresa.

3 Fíbulas: Broches de metal de variados tamaños y diseños que se utilizaban para unir dos prendas o dos extensiones de una misma prenda.



—Ganimedes —saludó, sonriendo con el optimismo que solo los hombres de su edad podían permitirse—. Veo que ma-  
drugaste como un granjero. No recuerdo haber oído cantar a  
los gallos.

—Tal vez porque no los tenemos —le sonreí, intentando se-  
guirle el juego.

—Deberíamos —caminó junto a mí y se dirigió hacia la  
mesa en el centro de la cocina—. Son animales encantadores y  
tienen buen sabor —antes de llegar, volteó a verme y su mira-  
da me recorrió—. Asumo que...

—Kasia no tiene nada que ver en esto —me apresuré a decir.  
Él alzó ambas cejas y luego se echó a reír.

—Por supuesto que no —siguió su camino—. Kasia nunca  
haría algo que disgustara a tu madre.

Y tenía razón. Kasia era la hija que toda madre habría de-  
seado, incluso la reina de Troya. Nunca lo oí de sus labios, pero  
nos amaba a ambos por igual: menos que a mis hermanos y  
más que a cualquiera de nuestros esclavos o invitados.

—Ilo partirá cuando el sol alcance su cenit y el mercado no  
está en la Ciudadela, Ganimedes —comentó, acariciando la su-  
perficie de la mesa hacia las alacenas.

—Volveré a tiempo. Lo juro.

—Más te vale —observó cuidadosamente las alacenas, bus-  
cando algo entre las vasijas—. No tendría el corazón para re-  
gañarte por no despedirte de tu hermano si tu madre lo hace  
primero —rió.

Hice una mueca, intentando sonreír. Creo que nadie le te-  
mía más al gesto severo de mi madre que mi padre, yo, mis  
hermanos y todo aquel que durmiera y comiera bajo el techo  
de nuestro palacio.

—Previsión, mi rey —me despedí, llevando una mano a la  
parte inferior de mi pecho y luego estirando el brazo hacia él.

Luego de eso, retomé mis pasos otra vez hacia la entrada.

—Ganimedes —su voz me detuvo—. Aráندانos.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Previsión, hijo —le oí decir mientras me marchaba.

Corrí hasta el patio, pero aligeré mis pasos cuando llegué  
hasta los pilares y tuve que esconderme detrás de uno de ellos  
para que mi madre no me atrapara. Aún hablaba con Kasia, sus  
dedos todavía jugando con las monedas y, aunque no la rega-  
ñaba, conocía a pocas personas que eran capaces de mantener  
la cabeza en alto cuando hablaban con ella.

Su conversación era una larga lista de insumos, un encargo demasiado tedioso para alguien con el espíritu juvenil y rebelde de Kasia.

Mi madre depositó las monedas en un monedero de piel curtida y luego se lo ofreció a Kasia.

—Cuenta —le ordenó.

Mientras Kasia obedecía, el sonido de cascotes resonó en la entrada.

Desde mi escondite pude ver las puertas abriéndose de par en par gracias a los soldados. Icelos ingresó al palacio montando su caballo favorito.

Volví a esconderme detrás del pilar antes de que me viera. Cerré los ojos, los apreté con fuerza para ocultar mi frustración y volví a echar un vistazo, aunque con más cuidado que antes.

Icelos traía consigo esa escalofriante sonrisa que hacía lucir su rostro como una siniestra máscara que presagiaba la llegada del mal. Sus brillantes ojos verdes destellaban peligro, como los de un gato en la oscuridad.

Su presencia acostumbraba provocarme una intensa incomodidad en la parte inferior de mi pecho<sup>4</sup>.

—Calíroe —la saludó Icelos, ordenándole a su caballo que se detuviera frente a Kasia y *su reina*—. Bendiciones de los dioses.

Kasia retrocedió, intimidada por Icelos y el tamaño del caballo, pero mi madre se mantuvo en su lugar, como un roble con raíces muy profundas.

—Bendiciones de los dioses, Icelos —respondió mi madre con su frío ánimo matutino y la obligación de pronunciar palabras que no deseaba decir—. Te esperábamos más tarde.

—El rey me concedió una audiencia antes de la partida de Ilo —Icelos miró hacia arriba, en dirección a la ventana de mi habitación—. ¿Está despierto? —preguntó mientras desmontaba y otro de nuestros esclavos se acercaba para encargarse del caballo—. Deseo que se nos una.

La mirada de mi madre se desvió al suelo por un momento, un singular gesto de desaprobación e incomodidad que pocos sabían reconocer.

Giró la cabeza para ver a Kasia. Con un ademán le indicó que se marchara sin confirmar la cantidad de monedas en el monedero. Desconfiábamos más de nuestros propios descuidos como amos que de costumbres deshonestas, inexistentes en nuestros esclavos.

4 En la Antigua Grecia existía la creencia de que los sentimientos provenían del hígado.

Kasia asintió con la cabeza y se encaminó hacia la entrada. La necesidad de seguirla —ahora para escapar de la presencia de Icelos— casi me hizo saltar de mi escondite, pero me resistí ante la idea de ser regañado por mi madre frente a nuestro visitante y tener que tolerar su mirada otra vez.

—No debe enterarse aún —mi madre se dirigió a él otra vez, en voz baja... y con amargura. Sus palabras hicieron que un escalofrío recorriera mi cuerpo y se ejerciera una intensa presión bajo mi pecho—. Avisaré al rey de su llegada.

Mi madre le dio la espalda y entró al palacio. Esperaba que Icelos la siguiera, pero se quedó en su lugar y ella ni siquiera lo notó.

“Muévete, muévete, muévete”, pensaba.

—Dieciséis años y sigues jugando al escondite —comentó Icelos, con el tono perfecto para hacerme oírlo sin llamar la atención de mi madre—. Creo que deberías madurar.

Eso hizo que volviera a esconderme por completo. No tenía escapatoria, pero el instinto de supervivencia que había forjado para defenderme de su hostigamiento no me permitiría rendirme fácilmente.

—Ganimedes —me llamó. Esperó una respuesta, pero yo no se la di—. ¿Quieres que vaya por ti?

Me mordí los labios y golpeé mi nuca contra el pilar.

Abandoné mi escondite lentamente, pero sin alejarme de las sombras.

Icelos hizo lo que acostumbraba: me miró de pies a cabeza mientras yo percibía su lengua moviéndose dentro de su boca, como una serpiente. Esta vez no lucía como un príncipe, pero él no estaba interesado en eso.

—Hoy no luces tan radiante —dijo, alzando una ceja—. ¿Escaparás con tu esclava otra vez?

—Ella tiene un nombre —corregí en un tono arisco—. Y es *mi amiga*.

Podía oír sus siguientes palabras antes de que las pronunciara: “Los esclavos no son amigos”, pero para mi sorpresa, esta vez no fue tan predecible.

—Supongo que tu madre no sabe de esto —dijo.

—Supongo que le diré —respondí.

Icelos rió sin mostrar los dientes.

—Para cuando lo haga, estarás muy lejos —intentó parecer amable, pero yo solo podía sentir la soga que ponía alrededor de mi cuello.

Caminó lentamente hacia mí, como si supiera que un movimiento rápido me haría huir.

—Si le hubieras entregado tus juguetes a Apolo<sup>5</sup>, no tendrías que esconderte como un niño.

Niño o no, con Icelos solo había una alternativa y ser presentado en sociedad solo me habría acercado más a ella. Había dejado los juguetes mucho tiempo atrás, pero en el palacio estábamos seguros de que Prometeo habría preferido que se los entregara a mis hijos antes que a un dios que no podría jugar con ellos jamás.

Sin decir nada, di media vuelta y comencé a trotar hacia la entrada, aunque su voz otra vez me obligó a detener mi camino.

—¡Iré por ti si ella lo ordena! —dijo.

Giré la cabeza para verlo sobre mi hombro mientras continuaba mi camino.

Seguí los pasos que Kasia había recorrido hasta que logré alcanzarla. Hice chocar mi cesta con la suya, tomándola por sorpresa. Me miró con los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa.

—¿Qué estás...? —dijo en voz baja.

—Vas a necesitar una cesta más si quieres volver a tiempo para despedirte —la interrumpí.

—La reina va a matarte —me advirtió—. ¡Mírate!

—Ahora no soy su único problema —tomé su brazo y la hice avanzar rápidamente por el camino.

La felicidad se apoderaba de mí cada vez que mis piernas me llevaban a través de la Ciudadela.

---

5 En la Antigua Grecia, la vida adulta comenzaba a la edad de trece años para los varones. El ritual consistía en entregar los juguetes en el Templo de Apolo, un lugar presente en todas las ciudades de creencia helena.

# EL FORASTERO

El mercado de Troya era tan atractivo como acechante. Amaba descubrir siempre algo diferente cada vez que ponía un pie en él, pero detestaba las miradas que me rondaban como abejas a la miel. Los esclavos del rey se distinguían del resto por sus vestimentas; el príncipe que no acostumbraba salir de la Ciudadela y que vestía como quienes le servían sin duda era un espectáculo para los troyanos.

—¿Por qué quería una audiencia temprana con el rey? —preguntó Kasia, de seguro al notar que mi boca no se movía como acostumbraba hacerlo con ella—. Es preocupante, atrevido y pierde su tiempo. Tu padre no escucha a nadie antes del desayuno.

—Lo sé. Nos encontramos en la cocina.

—¿Crees que se trate de Ilo?

—Celos no quiere a Ilo —respondí, con más tensión sobre mis hombros de la que había esperado sentir—. Un gato no pelea con otro más joven y fuerte si puede enfrentarse a un ratón pequeño e indefenso.

—Tú no eres pequeño e indefenso —Kasia rio y me dio un golpe suave en el brazo con su hombro—. Ya eres más alto que yo y te encanta desafiar a tu madre.

—El derecho de caminar libre en mi propia ciudad es más un derecho que un desafío —hice que nos detuviéramos cerca de un puesto de frutas, donde reconocí el color de los arándanos en cuanto los vi—. Y no iba a quedarme con él ahí —tomé un arándano, lo evalué con la mirada y me lo eché a la boca.

Asentí con la cabeza —la fruta sabía bien— y el mercader sonrió al darse cuenta de que había asegurado una compra. Ofrecí mi cesta, acercándome más al puesto, mientras él llenaba un pequeño saco.

—Espero que se haya ido cuando regrese. Cree ser inmune a su reina.

—Exageras. Ella no tortura ni asesina.

—No aún —la hice reír.

El mercader depositó el saco en mi cesta y yo ofrecí un dracma a cambio, pero él negó con las manos, como si no pudiera aceptarlo. Tal vez era mi rostro, tal vez mi título; como fuera, era costumbre obsequiar a los príncipes de Troya. Muchos de los comerciantes en el mercado estaban de paso en la ciudad y siempre querían volver.

Kasia y yo continuamos nuestro camino y retomamos la conversación.

—Si dejaras de hacerla enojar, tal vez tu vida sería más fácil—sugirió ella.

—Hablas como si lo hiciera a propósito —reí—. Obedecerla ciegameamente no cambiaría las cosas. El carácter de mi madre espantaría a cualquier dios.

Kasia me golpeó un brazo para callarme y luego miró a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie me había escuchado.

Los esclavos que hablaban en contra de los dioses eran azotados y, aunque la oscura piel de Kasia y mi frondoso cabello dorado no combinaban, nuestra ropa sí lo hacía. Podía tranquilizarla y asegurar que nadie alzaría un arma contra ella mientras estuviera conmigo, pero, para un esclavo, esas palabras nunca eran suficientes.

—Ahora, mirra —busqué a mi alrededor una tienda de especias.

—¿Mirra?

—Mi regalo para Ilo. La va a necesitar.

Mi hermano abandonaría Troya para demostrar su valía como hombre ante los ojos atentos de Olimpia. El hijo del rey cuya ciudad miraba con desdén a las naciones más alejadas de Grecia cargaba sobre sus hombros la gran responsabilidad de sorprender. Luego de competir, su viaje lo llevaría a tierras lejanas en misiones diplomáticas, el inicio de cualquier futuro rey.

Sin duda necesitaría mirra.



La lista de mi madre en la mente de Kasia estaba casi completa y el peso de las cestas era señal de ello. Mi hombro desnudo comenzaba a irritarse y estaba seguro de que me dolería al día siguiente, pero no le di importancia: había tanto que ver en el mercado.

Las mejores rarezas de Grecia y el mundo terminaban en Troya, y no solo mercancía. Justo cuando se creía que los persas eran la cúspide de la civilización, aparecían pieles más bronceadas y menos cadenas que los condenasen a ser esclavos.

Las hetairas<sup>6</sup> se vendían a sí mismas como esclavas, desnudas ante troyanos y extranjeros. Presumían su belleza, la misma que cuidaban casi tanto como si sus pieles valieran más que sus vidas.

Nuestro vino, las especias de oriente, verduras y frutas de Egipto, animales y madera de las tierras de pieles negras. Todo pasaba por la ciudad que toda nación habría deseado tener... o ser.

Esa era Troya.

Volvía a conocer la ciudad en que nací y me crié cada vez que “escapaba” del palacio. Ilo lo sabía todo de Grecia y estaba a punto de conocer aún más. Asáraco, por su parte, nunca había dejado Troya, pero recibía la admiración y respeto que su mal carácter infundía en los demás. Muchos alguna vez apostaron a su nombre durante sus entrenamientos en el gimnasio de la ciudad. Él no sabía mucho de Troya; Troya definitivamente lo sabía todo de él.

Crecer a la sombra de un rey de tierras lejanas que le dio a la ciudad prosperidad y un nombre en su honor, una reina que merecía serlo incluso antes de ser elegida para mi padre por su juventud y belleza, un hermano a punto de embarcarse a Olimpia y otro que lideraría el ejército de Troya algún día, era una carga más pesada de la que podía llevar sobre mis hombros. Aún así, disfrutaba mi tranquilidad diaria, la amabilidad de un pueblo agradecido con su gobierno y la libertad que podía permitirme en mi posición.

Me detuve en el puesto de ganado, donde un par de hombres negociaban con el mercader, un egipcio conocido por el sabor de los lechones que alzaba con un brazo para atraer la atención del público. En su puesto también podía encontrar gallinas y faisanes en jaulas, y algunas ovejas. Había un cordero con su torso atado al cuello de una oveja adulta que de vez en cuando le daba su atención. El pequeño no paraba de balar, aunque no había razón para sentir lástima por él: su madre estaba cerca y nadie pagaba un buen precio por un animal herido.

—Míralo —le dije a Kasia mientras me arrodillaba frente al cordero, que intentó esconderse detrás de su madre, agravando su escándalo—. ¿No te rompe el corazón?

—Y los oídos —respondió, irritada.

Nos alejamos riendo, como dos niños.

A poco andar, un grito hizo que mi atención se desviara y la sonrisa se esfumara de mi rostro. No muy lejos, un herrero marcaba con hierro candente al esclavo de un amo que solo se limitaba a observar. El grito del esclavo resonó en mi cabeza, incluso después de que Kasia tomó mi brazo para hacerme caminar más a prisa.

—No tienes que ver eso —dijo, incómoda.

—No.

Troya, aunque gloriosa, no era perfecta. Aquel espectáculo en el mercado era la peor parte de mi amada ciudad, incluso más que la pobreza en los límites o las ejecuciones públicas.

Kasia nunca fue marcada: ninguno de los esclavos que servía en el palacio lo estaba. Su certeza de que nunca recibirían castigos crueles era suficiente para asegurarnos de que jamás intentarían escapar.

El camino que tomamos me permitió ver por un momento el resultado del contacto entre el hierro candente y la piel del hombre, el emblema de una familia noble que relucía en la carne viva de su esclavo.

Ver el sacrificio del ganado para los dioses era menos repulsivo. Sentí náuseas de súbito.

—Ya es tarde —Kasia hizo que nos detuviéramos—. Vuelve a la Ciudadela, antes de que Ilo se marche.

Y aunque mi respuesta usual habría sido negativa, esta vez la miré fijamente y asentí con la cabeza. Sabía que si abría la boca, vomitaría frente a ella.

Tomé algunas cosas de su cesta para alivianar su carga y seguí el camino por el que ella quería guiarme. Solo cuando la perdí de vista detrás de mí, me di cuenta de que era la primera vez que recorría la ciudad a solas, tropezando con troyanos y forasteros por igual, sin guía ni guardias.

Intentaba encontrar un camino despejado para volver a la Ciudadela cuando alguien chocó conmigo. El movimiento brusco hizo que una de las manzanas en mi cesta brincara fuera de ella y rodase por el suelo. Intenté recuperarla por impulso, pero era seguro que ni siquiera la comería después de su travesía por la tierra. Mientras la seguía, noté que, casi como si tuviera voluntad propia, la fruta evitaba los pies de la gente mejor de lo que yo podía evitar sus cuerpos y cada rebote la hacía casi flotar sobre la tierra. Su habilidad desapareció de repente, pero cuando me incliné para alcanzarla, una mano la recogió. Nunca me importó la altura de las personas, pero este hombre se irguió ante mí como Ilo solía hacerlo, imponiéndose sin intención de intimidar.

Cuando alcé la mirada solo pude ver sus ojos intensamente azules brillando en la oscuridad que su capucha le daba a su rostro, cubriendo parte de sus rasgos. El resto de la tela caía sobre sus hombros y cuerpo hasta rozar el suelo. Era una capa muy pesada y abrigadora para el agradable clima troyano,



pero no era la única cosa que me extrañaba. Nada en él era usual en Troya, ni siquiera para un vago observador como yo.

El forastero analizó la fruta en su mano, haciéndola girar con sus dedos. Para nuestra sorpresa, la manzana aún estaba en buenas condiciones.

—¿Es tuya? —preguntó y luego clavó sus ojos en mí.

No me consideraba una persona tímida, pero nunca tuve que cruzar palabras con un completo extraño.

—¿Puede devolvérmela? —extendí mi brazo derecho hacia él.

Su mirada viajó desde la manzana hasta mi mano y subió por mi brazo hasta mi hombro.

—Perdiste una fíbula —dijo.

Demasiada atención sobre mí. Entendí que esa era la señal que necesitaba para alejarme. Mi brazo volvió conmigo y comencé a retroceder.

—Puede quedársela —di media vuelta y seguí mi camino, aunque no llegué muy lejos.

—Espera —dijo el hombre.

No pude ignorarlo. Solo me di cuenta de que detenerse fue un error cuando mis pies dejaron de andar y mi cabeza giró otra vez hacia él.

El forastero se acercó a mí con su mano libre dirigiéndose hacia el hombro contrario, donde desató una de las cuatro fíbulas redondas que unía los pliegues de su capa para cedérmela. Tenía el perfil de un águila grabado y el oro del que estaba forjada humillaba el valor de todas las manzanas de Troya juntas. Las joyas hechas en nombre de Zeus<sup>6</sup> eran de gran valor. Yo pensaba que sus portadores eran helenos<sup>7</sup> pretenciosos.

—No acepto obsequios sin dar algo a cambio —dijo, con un tono que insinuaba que no podía negarme.

Por desgracia para él, conocía mi situación. No tenía completo control sobre mi vida, pero definitivamente sostenía mis propias riendas fuera del palacio.

—En cuyo caso, no sería un obsequio —lo miré fijamente—. Considérela un regalo de Troya.

Lo oí reír.

—Solo acepto regalos de los dioses —se acercó a mí mientras guardaba la manzana al interior de su capa. Asumo que el

6 El águila, entre otros elementos, era considerado el símbolo de viviente de Zeus. Al ser considerada la reina de las aves, se le atribuía al rey de los dioses.

7 Heleno: Amplio grupo de personas que habitaban la Antigua Grecia, compartiendo su lengua, tradiciones y, especialmente, su fe.

hecho de que nunca nadie se hubiera acercado a mí de la forma en que él lo hizo tuvo algo que ver con el hecho de que no me alejase—. La desconfianza entre mortales no es irracional; arrojar manzanas a extraños, sí<sup>8</sup>.

Bajé la cabeza, intentando ocultar cualquier rubor.

Antes de poder reaccionar a algo más, sus manos fueron hasta los dobles sueltos de mi quitón y los unieron con su fíbula.

—Considérelo un regalo —me remedó.

Mi respiración se detuvo por un minuto, pero mi mente me obligó a reaccionar.

—¿Puedo saber de quién? —pregunté.

—De un servidor de los dioses al príncipe de Troya.

“Príncipe de Troya”. Lo había oído muchas veces, pero esas palabras nunca fueron pronunciadas en el tono que él usó.

—Todos servimos a los dioses —atiné a decir, aunque eran palabras vacías saliendo de mi boca.

—No de la forma en que yo lo hago —respondió el forastero.

No pude evitar sentirme confundido. Abrí la boca para preguntar, pero el sonido de unos cascos acercándose me hizo apartarme del camino antes de tenerlo demasiado cerca.

Reconocí al caballo de Icelos antes de notar que él lo montaba.

—Nos volvemos a encontrar —dijo Icelos con una sonrisa.

Las personas alrededor incomodaban al animal, haciendo que no pudiera quedarse quieto en su lugar. Sus cascos tocaban el suelo, como si en cualquier momento fuera a alzarse en sus patas traseras.

—¿Sigues temiéndole a los caballos? —dijo, notando mi nerviosismo.

—No más de lo que le temeré a mi madre si llego tarde —dije, tratando de despedirme.

Iba a hacer lo mismo con el forastero, pero al girar para verlo, ya no estaba.

—¿Buscas a tu esclava? —preguntó Icelos.

—No exactamente —dije, aún confundido.

—Podrás encontrarla en la Ciudadela —estiró un brazo hacia mí y me alzó del suelo, como si mi cuerpo fuera una pluma.

---

8 En la Antigua Grecia, lanzar una manzana a alguien era considerado una propuesta de matrimonio, y si la persona la atrapaba o recogía del suelo, era una señal de aceptación.

Me acomodó frente a él, sobre el caballo. Algunas cosas cayeron de mi cesta y pude mantener otras en su lugar conteniéndolas con una mano.

—Tranquilo —dijo, rodeando mi cintura con firmeza—. Si tu madre se enoja, no será contigo.

Movió las riendas de su caballo y este avanzó. Mi cabeza se movió en varias direcciones, intentando buscar otra vez al forastero entre la multitud, pero se había esfumado o mezclado sigilosamente entre el gentío.

# HERMANO

Toda mi familia estaba reunida en el patio cuando Icelos y yo llegamos. Ilo se había cortado el cabello, una forma habitual de demostrar que estaba a punto de enfrentar un nuevo comienzo, pues su viaje lo alejaría de Troya por largos meses. Su caballo esperaba con un esclavo junto a la fuente, junto a dos soldados que vestían el mismo uniforme que mi hermano. Lucía como un auténtico general del ejército troyano.

La tristeza que mi madre intentaba ocultar ante la partida de Ilo se convirtió en indignación cuando me vio desmontar y varias cosas cayeron de mi cesta.

—Creo que ya sabemos a qué *no* se dedicará Ganimedes cuando abandone estos muros —se burló Asáraco, ejerciendo presión en las mejillas para no sonreír aún más.

Ilo le dio un golpe en el hombro, pero ambos rieron antes de que mi madre los regañara y callara con la mirada. Ese era un poder que solo ella tenía.

Un par de esclavos se apresuraron a ayudarme y yo me armé de valor para avanzar hacia mi familia, detrás de Icelos.

—Traje de vuelta a tu hermano, tal como prometí —se vanaglorió ante Ilo.

—Nunca lo dudamos —dijo Asáraco en un tono amargo, borrando todo rasgo de ánimo en él.

Icelos le echó una mirada asesina y luego volvió a desviar su atención hacia Ilo.

—Sabíamos que este día llegaría —dijo, extendiendo sus brazos hacia él.

Cuando se abrazaron con palmadas firmes en la espalda, pasé junto a ellos y me situé junto a mi padre, intentando evitar la mirada de mi madre.

—¿Tuviste suerte con los arándanos? —preguntó mi padre en voz baja.

—Eso creo —respondí, inseguro.

—Vas a responder ante mí después de esto —me advirtió mi madre en un susurro.

Asáraco volvió a reír, casi haciéndome imitarlo.

Cuando Icelos e Ilo se separaron, apegaron sus cabezas, una señal de hermandad común en el gimnasio, donde Icelos era más un espectador que un luchador. Al verlos, no dejaba de imaginar a mi hermano sonriendo en medio de una tormenta

que amenazaba con ahogarlo, como si no pudiera notar el peligro que lo rodeaba.

Icelos era diez años mayor que mi hermano. Nació y vivió en Atenas hasta que su efebeia<sup>9</sup> lo obligó a abandonar su ciudad temporalmente. De paso por Troya, mi padre recibió en el palacio a su pequeño pelotón. Aún eran nuestros huéspedes cuando nació.

Años más tarde, Icelos regresó, esta vez trayendo consigo sus riquezas y ningún logro que hiciera sentir orgullosa a su antigua ciudad. Forjó una amistad con Ilo que le abrió las puertas a la aceptación de la nobleza troyana, aunque creía que eso le permitía abusar de nuestra hospitalidad, visitando más el palacio de Troya que cualquier otro noble. Su amistad con mi hermano mayor no era una molestia para mí, hasta que comencé a sentir el repentino cosquilleo en la nuca de la mirada de Icelos. A partir de ese momento perdido entre el paso de mi niñez a mi juventud, cada saludo, cada conversación con él y hasta la forma en que posaba sus ojos sobre mí me provocaban una extraña sensación de inseguridad, que hasta entonces nunca había sentido. Desde entonces, intentaba esquivarlo a toda costa.

—Creo que ahora es nuestro turno —las palabras de mi padre me hicieron volver al presente.

Ilo se apartó de Icelos para ir con Asáraco, el primero en la línea que se había formado para despedirlo.

Sus antebrazos se estrecharon con firmeza mientras se miraban a los ojos.

—Puedes volver sin ninguna gloria —dijo Asáraco en un tono altanero que apenas podía diferenciarse del que solía usar para bromear—. Yo la traeré de todas formas cuando sea mi turno.

—Tranquilo, hermano —Ilo sonrió, triunfante—. Tu nombre siempre tendrá un lugar: escrito bajo el mío.

Su rivalidad nunca fue para mí una buena ejemplificación de la guerra. Mis hermanos se respetaban, algo que de seguro no pasaba en un campo de batalla con bandos opuestos. Sus efebeias se llevaron a cabo casi al mismo tiempo; cuando Ilo terminaba su servicio con un destacado historial, Asáraco lo comenzaba. Incluso cuando fue liberado de su instrucción mi-

---

9 Efebeia: Instrucción militar que recibían los jóvenes —llamados efebos— entre los quince y veinte años de edad en diversas ciudades de la Antigua Grecia.